

¿Qué melancolía, qué izquierda? A propósito de *Melancolía de izquierda* de Enzo Traverso

What Melancholy, which Left?

On Enzo Traverso's *Left-Wing's Melancholy*

Claudia Hilb

Universidad de Buenos Aires,
Instituto de Investigaciones "Gino Germani". CONICET.
Correo electrónico: claudiahilb@gmail.com

Resumen: El texto confronta la reivindicación, por parte de Enzo Traverso, de la productividad de lo que este autor denomina la “melancolía de izquierda” para una política de izquierda. Sostiene que la argumentación de Traverso supone ignorar el lazo que unió, en el siglo XX, las luchas revolucionarias con la adhesión a regímenes de dominación total de un nuevo tipo. Y que resulta incongruente unir en esa reivindicación simultáneamente a las víctimas que cayeron o fueron derrotadas en esas luchas, a quienes apoyaron la dominación criminal de los nuevos regímenes comunistas que emergieron de sus triunfos, como así también a las víctimas de estos nuevos regímenes de dominación total.

Palabras clave: Melancolía, izquierda, Enzo Traverso, víctimas, 1989.

Abstract: The paper opposes the idea developed by Enzo Traverso in his *Left-Wing Melancholy*, regarding the productivity of this passion for a politics of the left. It argues that it does not seem possible to ignore the bond which linked the revolutionary struggles in the XXth Century with the allegiance to new forms of total domination by the emerging communist regimes, and with the silence of the revolutionary fighters and parties regarding this new form of oppression. And that it is inconsistent to simultaneously advocate for the victims who died or were defeated in those revolutionary struggles, for those who gave their allegiance to the criminal domination of the new communist regimes, as well as for the victims of these new regimes.

Keywords: Melancholy, Left, Enzo Traverso, Victims, 1989.

En noviembre de 2018 asistí en Buenos Aires a una conferencia de Enzo Traverso titulada, como su último libro, *Melancolía de izquierda* (Traverso, 2018). Enzo Traverso es un autor que he leído de manera asistemática, que muchas veces me ha interesado y me ha ayudado a pensar. La conclusión de su conferencia consistió en una suerte de reivindicación de la melancolía de izquierda, como la alternativa a un realismo que –carente, o carente ya, de utopías– aceptara lo dado como tal, sin poder siquiera pensar una crítica que se situara por fuera de la aceptación de lo que es hoy.

La apelación a la melancolía como alternativa me incomodó. La incomodidad podía resumirse a lo siguiente: ¿cómo es posible reivindicar melancólicamente una experiencia –la de la izquierda del Siglo XX– que, allí donde logró plasmarse en una nueva forma política, llevó en todos los casos a una nueva forma de dominación total? ¿No debería rechazarse con el mismo énfasis el realismo acrítico, que la melancolía de un proyecto que terminó en catástrofe?

La conferencia era el cierre de un seminario al que yo no había asistido y una síntesis de un libro que no había leído, por lo que – pese a mi incomodidad – me dije que podía ser posible que, fuera del contexto de su seminario y del desarrollo más completo de su libro, aquello que yo estaba escuchando y comprendiendo estuviera siendo comprendido de manera sesgada por mí, o por lo menos, que merecía ser puesto en contexto. En todo caso, consciente, al salir de la conferencia, por un lado, de que detrás de las afirmaciones de un autor que merece mi respeto se erigía un trabajo de años, y también, de que yo solo había tenido acceso a las conclusiones de una breve conferencia, me propuse indagar más profundamente en el tema, tanto en lo que concierne a su tratamiento por Traverso, como también del debate en el que de manera explícita o implícita se situaba.

El siguiente recorrido intenta entonces indagar en esa primera incomodidad; esto es, se propone a la vez comprender más adecuadamente qué entiende Traverso por esa melancolía de izquierda, y en qué consiste su

reivindicación. Pero intenta también, a la vez, dar forma teórica, o si se quiere, teórico-política, a mi oposición a una tal reivindicación, que se consolidó durante mi búsqueda.

Entonces, ¿melancolía de qué, y por parte de quién? Para comenzar a responder a ese interrogante, debemos ante todo ver qué entiende Traverso por izquierda, y de qué manera podemos circunscribir la noción misma de melancolía. La respuesta a lo primero lo hallamos en el párrafo inicial del Prefacio: la definición de la izquierda que adoptará, nos anuncia el autor, no es *topológica* sino más bien *ontológica*; esa izquierda consiste en “los movimientos que lucharon por cambiar el mundo con el principio de la igualdad en el centro de su programa” (Traverso, 2018:17). Se trata de un compuesto heterogéneo, añade, en tanto incluye una multitud de corrientes políticas y una pluralidad de tendencias intelectuales y estéticas. Como habremos de ver, esta definición no es ajena a las dificultades que encontramos en el argumento de Traverso, ya que en sus distintas manifestaciones, la izquierda cuya melancolía el autor pretende recuperar terminará aunando muchas veces en un mismo campo a victimarios y víctimas de las revoluciones del Siglo XX.¹

En cuanto a la noción de melancolía, intentar arribar a una delimitación aunque sea aproximada del término, ya sea a través del propio texto de Traverso o de los textos clásicos a los que remite, parece una empresa sin demasiado sentido: entendemos que no ganaríamos mucho con procurar en esos textos clásicos una definición cabal. Como escribe el propio Traverso, “hay muchas

¹En el recorrido del libro, aparece para mí siempre la pregunta: ¿quiénes son, para Traverso, esos movimientos que lucharon por la igualdad? ¿Pueden para él, sin más preguntas, contener a la vez a estalinistas y antiestalinistas, a quienes lloran a Togliatti y a quienes fueron asesinados en la URSS con la anuencia del PCI de Togliatti, a los comunistas de los países del Este y sus disidentes perseguidos, como Hável o tantos otros, al longevo régimen de Fidel Castro y a sus víctimas, en particular a quienes como Franqui, Matos, Salvador o Boitel participaron con él de las luchas que condujeron al triunfo de 1959?

definiciones de la melancolía, un antiguo concepto cuyo significado ha cambiado a lo largo del tiempo. Su fenomenología se extiende de la pena al mal de amores y la resignación, pero se concentra principalmente en la pérdida y el luto” (2018:86). Nuestro recorrido de la historia del concepto de melancolía desarrollada por Starobinski (Starobinski, 2012), y que Traverso cita allí mismo (Traverso, 2018: 86), parece confirmar, en efecto, que ya sea en sus asociaciones con la “bilis negra”, el genio o la ironía, desde Demócrito a Binswanger, pasando por Aristóteles, Ficino, Durer o el ineludible tratado de Robert Burton cuando de melancolía se trata, no parece haber nada en ese trayecto que nos ayude a dirimir de manera precisa aquello de lo que aquí está en juego: esto es, el carácter más exacto de la melancolía, que permita dar mayor precisión a esta reivindicación de la melancolía de izquierda como alternativa a un realismo que ha hecho el duelo de las utopías, y se contenta sin más con lo existente. No parece ser útil, tampoco, para la determinación del término tal como lo utiliza Traverso, la definición freudiana de la melancolía como imposibilidad de realizar el duelo, como un duelo trunco que queda prisionero del objeto. Este, el consagrado uso freudiano, es el sentido que, como veremos, otorga por su parte al término Wendy Brown en su texto de 1999 (Brown, 1999), pero es un sentido que Traverso rechaza sin ambigüedad como inadecuado a lo que comprende como melancolía: contra este texto de Sigmund Freud (Freud, 1993), Traverso reivindica, justamente, el carácter por así decir productivo y afirmativo de la melancolía. Y por fin, ciertamente tampoco podemos asociar sencillamente melancolía y duelo: está claro, tanto en el uso corriente que hacemos del término, como en su utilización por parte de Traverso, que hay algo, en la melancolía, que se conserva y que en cambio no se conserva en el duelo, y que lo diferencia de éste. En todo caso, digamos entonces que dentro de la escasa precisión que podemos adjudicar al uso de la noción de melancolía, se va afinando algo así como –digamos– el sentido usual del término, o su uso en el lenguaje ordinario: un sentimiento de nostalgia, del que quien lo porta no desea desprenderse, que combina a la vez la

rememoración o perpetuación de un placer pasado, y un sufrimiento presente por su pérdida. La melancolía, en cierto modo, conserva en el sufrimiento presente por la pérdida, el recuerdo vívido del placer pasado. Y en lo que, como veremos, entendemos que pretende Traverso, se trata de reivindicar esa sensación de placer inseparable del sufrimiento por su pérdida para hacer de él, de alguna manera, el combustible de la búsqueda de su actualización en el futuro.²

El libro de Traverso consta de siete capítulos, escritos probablemente con diversas motivaciones para diferentes ocasiones. Pero el autor traza un hilo, a lo largo de ellos, que le permiten dar forma a lo que llama una “constelación melancólica”. Tanto por el objeto en cuestión, esto es, el rastreo de la melancolía en la cultura de izquierda entendida de manera amplia, como por la forma de composición del libro que intuimos no fue pensado específicamente como tal, su contenido es bastante heterogéneo, y lo es también la presencia o la consistencia de la melancolía en cada uno de los capítulos. En algunos casos, la tesis general aparece más clara, en otros, su presencia aparece más forzada. Pero no se trata aquí de una crítica del libro en tanto tal –que por otra parte, encuentro interesante en muchas o casi todas sus partes– sino sobre todo una discusión acerca de la tesis central consistente, como ya se ha dicho, en la reivindicación del carácter productivo de la melancolía de izquierda. Y esta tesis se articula, a mi modo de ver, esencialmente en la Introducción y los capítulos Uno (“La cultura de la derrota”) y Tres (“Imágenes melancólicas”). En esa articulación, el análisis siempre estimulante que hace Traverso de las imágenes presentadas en el capítulo Tres, es puesto al servicio de lo que me atrevo a llamar su proyecto, esto es, una vez más, la reivindicación de la melancolía que puede extraerse de esas imágenes, del sentimiento que está en la raíz de esa melancolía por un pasado perdido, como motor de una política del presente y del porvenir.

²Para las referencias de nuestro autor al derrotero cambiante de la noción de melancolía, ver especialmente Traverso, 2018: 85-97.

Entonces, para volver al centro de mi interés: si Traverso reivindica la melancolía, es porque considera que hay algo que se ha perdido, y que es preciso no hacer el duelo de esa pérdida, que es preciso conservar esa combinación de placer y padecimiento, que existe una productividad posible de la melancolía de izquierda.³ Y que entiende que la superación de la melancolía, lo que sería la realización del duelo en términos freudianos, supone una renuncia a la memoria de algo –un placer, una experiencia– a la que no deberíamos renunciar, porque el precio de dicho abandono es la aceptación del presente tal como es, desprovisto de toda esperanza de cambio, desprovisto de toda utopía de futuro.

Ahora bien, si aceptamos partir de aquí, ¿qué es lo que se ha perdido, y cuando fue que se perdió? Como ya lo anticipé más arriba y como trataré de sostener en lo que sigue, encuentro en el argumento de Traverso un problema considerable, que se sitúa en el cruce de la definición de aquello que da carnadura a ese placer, de lo que se ha perdido, y a la identificación de un momento de su pérdida definitiva, de su clausura final. Si “aquello que se ha perdido” no admite una definición precisa, sino que se va dejando entrever de distintas maneras a lo largo del texto, y en particular en el capítulo Tres, sí está más claro cuando se ha perdido definitivamente: con especial énfasis en la introducción y el capítulo primero, pero de manera constante en todo el trayecto del libro, Traverso sitúa ese final de manera contundente en 1989 –esto es, en la caída del muro de Berlín y el fin de los regímenes comunistas en la URSS y los países del Este europeo. Y como intentaré mostrar, para que aquello que se ha perdido pueda conservarse bajo la forma de la melancolía (de izquierda) es preciso que su fin esté signado, como parece estarlo para Traverso, por la comprensión del año 1989 como aquel de una derrota, la derrota del proyecto en que lo perdido se inscribió.

³En sus conferencias en la Unam (México) (Traverso, 2016), que resumen las tesis de su libro, Traverso afirma que su propósito es hacer “un uso fructífero, desde el punto de vista intelectual y político, de la melancolía de izquierda”. Véase en particular el minuto 4 de la primera conferencia. La afirmación se repite de maneras distintas varias veces a lo largo de las tres sesiones.

Comencemos, entonces, por 1989, y por la idea de derrota. En la página 57 del libro de Traverso leemos que “la historia del socialismo es una constelación de derrotas que lo alimentaron durante casi dos siglos. En vez de destruir sus ideas y aspiraciones esas derrotas traumáticas, trágicas y a menudo sangrientas las consolidaron y legitimaron”. Y añade, un poco después:

la derrota sufrida por la izquierda en 1989, sin embargo, fue diferente: no se produjo tras una batalla y no generó orgullo alguno; puso fin a un siglo y resumió en sí misma una secuencia acumulativa de reveses que, repentinamente reunidos y condensados en un viraje histórico simbólico, se manifestaron abrumadores e intolerables”. Y agrega: “tan gravosa fue esa derrota que muchos de nosotros preferimos huir antes que enfrentarla (Traverso, 2018: 57).

En otras palabras: la derrota sufrida por la izquierda en 1989, lejos de alimentar como las anteriores la épica revolucionaria, de derrotas que son la antesala de la victoria final, aparece como la derrota definitiva y tiene por efecto, sobre muchos de “nosotros”, el resignificar incluso las derrotas, los reveses precedentes, que de pronto corren el riesgo de volverse abrumadores e intolerables, de perder el aura en que estaban envueltos como momentos en un camino de luchas que llevaría a la victoria. Si entendemos bien, la melancolía de izquierda consistiría en rechazar esa resignificación, esa pérdida de sentido a la que la derrota de 1989 parece habernos condenado, y en preservar melancólicamente el placer ligado a esas luchas, a esas derrotas previas... y también, me permito agregar, no solo a derrotas sino también a otras victorias parciales que se sucedieron en el camino hasta la derrota final de 1989. Porque si la caída del muro, el fin del socialismo real, que es como lo llama Traverso, fue la derrota final, la pregunta que cabe hacerse es, entre otras, ¿qué fue aquello que fue derrotado concretamente en 1989, con la caída del muro?

Para plantear la pregunta en otros términos, ¿qué supone el gesto de nombrar el año 1989 como el de una derrota sufrida por la izquierda –de una

izquierda que uno reivindica y con la cual se identifica-? Para poder nombrarlo de ese modo, es necesario pensar que hay algo aceptable en identificar a los regímenes que cayeron por tierra ese año –esto es, el régimen soviético y los de los países bajo su órbita-, y a quienes continuaban apoyándolos, como legítimamente de izquierda (nuevamente: de una izquierda que uno reivindica y con la cual se identifica). ¿De qué manera estamos comprendiendo la deriva de las revoluciones del Siglo XX, de qué manera estamos viendo el mundo, de qué manera estamos entendiendo aquello en que se convirtió el régimen soviético, y con él, los regímenes políticos de Europa del Este bajo su égida, pero también todos los regímenes –sí, todos- surgidos de las revoluciones del Siglo XX, si es solo en 1989 que se hace definitivamente añicos nuestra esperanza en la revolución? ¿Es 1989 la cifra de una derrota final del proyecto de la revolución del siglo XX, de la lucha por la igualdad mentada por Traverso, o no deberíamos, por el contrario, entenderlo como la cifra que puede simbolizar su fracaso rotundo como proyecto de emancipación, un fracaso que se manifestó como tal mucho antes de esa fecha? Si consideramos 1989 no como el símbolo de una izquierda en la que nos reconocemos, sino como el fin del ciclo de un nuevo tipo de regímenes de opresión surgidos de la esperanzas originarias de la izquierda del Siglo XX, esperanzas destruidas mucho antes de 1989, entonces a lo sumo podremos entenderlo como el momento del colapso definitivo de esos nuevos regímenes, que lejos de realizar la emancipación que las esperanzas revolucionarias habían acarreado, dieron lugar a nuevas formas de dominación. Si lo entendemos de ese modo, si los derrotados de 1989 no son los proyectos emancipadores sino sus verdugos de un nuevo tipo, si los vencidos de 1989 no son quienes, bajo esos regímenes, se opusieron –como los rebeldes húngaros de 1956, los insurrectos checoslovacos de 1968, como Sakharov o Vaclav Havel o Christa Wolff- a quienes conculcaron las esperanzas de emancipación, entonces es difícil admitir que aquello que Traverso denomina la “derrota sufrida por la izquierda

en 1989” pueda de alguna manera tener algo que ver con la derrota de un proyecto emancipador.

Admito que me resulta difícil descifrar, en el texto o las conferencias de Traverso, de qué modo se liga su afirmación central de 1989 como derrota de la izquierda, con su afirmación de no complacencia con los regímenes de la URSS y de Europa del Este, con su insistencia en seguir denominando a los regímenes como de “socialismo real”,⁴ y también, con su reivindicación de los opositores a esos regímenes –algunos de ellos, perseguidos de manera brutal por esos regímenes antes de su caída.⁵ Esta superposición de afirmaciones, que encuentro difícil de sostener en conjunto, permite que nos preguntemos si, cuando reivindicamos la historia de la lucha de la izquierda, estamos tomando partido por los rebeldes húngaros del ’56 o por la intervención soviética en su contra, por los actores de la primavera de Praga del 68 o por quienes la aplastaron, por Vaclav Havel y los firmantes de la Carta 68 o por quienes los encarcelaron. Más allá de la pregunta respecto de si fueron los primeros los vencedores de 1989 – sobre esto habría mucho para pensar- creo que no puede haber duda de que fueron sí, cada vez, los segundos, los derrotados definitivos de 1989. Sobre lo primero habría sin duda, digo, mucho para pensar; pero resulta confuso, en el argumento de Traverso, que este reivindique al Havel de antes de 1989 para subrayar de qué modo él, y otros como él, perdieron todo potencial crítico o creador después de 1989. Para decirlo más claramente, ¿no veo como puede ser posible reivindicar la fuerza crítica de Havel o de los escritores alemanes que se opusieron desde dentro al régimen checoslovaco o al de la RDA, antes de 1989, y que celebraron su caída, al mismo tiempo que se considera a 1989 como una

⁴La denominación socialismo real para referirse al régimen de la URSS y de los países del Este aparece numerosas veces en el libro de Traverso. A modo de ejemplo, véanse páginas 35, 36, 107, 157 ó 158. No me queda claro si esta denominación englobaría también a Cuba, Vietnam, China o Camboya por nombrar a algunos regímenes surgidos de las revoluciones del Siglo XX, en tanto estos regímenes conocieron suertes diferentes en momentos distintos a 1989.

⁵No ignoro, por cierto, que la filiación teórico-política en que se inscribe Traverso corresponde a una corriente afín a la Cuarta Internacional, es decir al trotskismo, y así lo indica la presencia, en su texto, de autores como Michael Löwy, Ernest Mandel o Daniel Bensaïd.

derrota de la izquierda, y se objeta al mismo tiempo la ausencia de una escritura creativa, ya caído el régimen! ¿O acaso la virtud del régimen comunista (del “socialismo real”) caído en 1989 era que –gracias a su carácter represivo– había provocado las mejores reacciones –también de izquierda, de otro socialismo, entendería– de quienes se oponían a él, y que entonces, una vez caído, nos quedamos sin régimen represivo y sin reacción creativa, de izquierda, a la represión del régimen comunista, o de socialismo real? No sé muy bien de qué otro modo podría combinarse la afirmación de que 1989 es la derrota de la izquierda cuando se la combina con la frase, según la cual

las llamadas revoluciones de terciopelo [...] frustraron cualquier sueño anterior y paralizaron la producción cultural. Un brillante ensayista y dramaturgo como Vaclav Havel se convirtió en la pálida y triste copia de un estadista occidental una vez elegido presidente de la República Checa. Los escritores de Alemania Oriental eran extraordinariamente fructíferos e imaginativos cuando sometidos al control sofocante de la Stasi creaban novelas alegóricas que estimulaban el arte de leer entre líneas. Nada comparable apareció luego de la Wende (Traverso, 2018: 28).

Ciertamente, no creo de ningún modo que Traverso esté celebrando la represión de la Stasi. Pero creo que su texto está plagado de amalgamas y deslizamientos que, tomados al pie de la letra, llevan a afirmaciones difícilmente compatibles. Tiendo a pensar que esas amalgamas y deslizamientos responden a una reflexión trunca, por no decir insuficiente, sobre la naturaleza de los regímenes a los que dieron lugar las revoluciones del Siglo XX, y a una ausencia de interrogación respecto de la relación entre el modo en que la izquierda pensó la política y la revolución, y la deriva real de esos regímenes. Para decirlo en palabras que Traverso usa para otros, o para un “nosotros” inespecífico: creo que prefiere huir de esa interrogación antes que enfrentarla. O dicho de otro modo: en la medida en que sigamos considerando a los regímenes a los que condujo la lucha revolucionaria del siglo XX en términos de “socialismo real”, esto es, como formas desviadas de socialismo, y no como nuevas formas de dominación total;

en la medida en que nos privemos de poner en relación el modo en que se concibió la transformación, la revolución, con aquello que resultó *siempre, en todas las ocasiones*, allí donde las revoluciones triunfaron –en URSS, o en China, Camboya, Vietnam, Cuba o los países africanos, o allí donde la supremacía de los regímenes comandados por los Partidos Comunistas fue impuesta tras la división de Europa decidida en Yalta-; en la medida en que nos neguemos a interrogar a fondo las razones de la deriva del proyecto emancipador en proyecto de opresión de un nuevo tipo, será difícil que podamos comprender que la izquierda, el proyecto emancipador, fue derrotado mucho antes de 1989. Que fue derrotado cuando la emancipación tomó el rostro de una nueva forma de opresión. Y que – más allá de lo que haya sucedido después de 1989- la caída del muro de Berlín solo puede simbolizar el fracaso definitivo de esa nueva forma de opresión. Esto es, no puede nunca, legítimamente, ser la cifra de la derrota de la izquierda.

Ahora bien, ¿qué hacer con el sentido de las luchas que se inscribieron en ese proyecto que se quiso emancipador, si entendemos que el proyecto que les daba sentido fracasó de manera estrepitosa con la instalación de nuevas formas de opresión, esas luchas que dan sustento al llamado de Traverso a la melancolía de izquierda? ¿Pueden quedar inafectadas por la deriva opresiva de los regímenes a los que dieron lugar allí donde *no* fueron derrotadas, puede quedar inafectadas por la identificación de sus actores o de sus defensores con nuevos regímenes de dominación? ¿Es posible seguir exaltando esas luchas como si el resultado ya no de su derrota sino de su triunfo no hubiera sido la instalación de regímenes de opresión de nuevo tipo? ¿Y no son entonces las luchas *contra* estas nuevas formas de opresión –algunas de las cuales se hallan sin embargo presentes al pasar, reconocidas en la pluma de Traverso- las que deberían ser objeto de valoración? ¿No deberían entonces ser los regímenes contra los que esas luchas se alzaron sinónimo de opresión, y su caída eventualmente –aunque no necesariamente, claro- sinónimo del triunfo, pero de ninguna manera, nunca, sinónimo de la derrota, de la izquierda? Estas son algunas de las preguntas que el

texto de Traverso elude. Y no solo las elude, sino que las rechaza de plano, al ignorar cualquier interrogación sobre el sentido que las luchas en pos de la utopía comunista –las derrotadas o las victoriosas– del Siglo XX adquieren cuando se las considera a la luz del fracaso del proyecto emancipador, o de su conversión –allí donde triunfó– en una nueva forma de opresión; y al adscribir la ausencia de melancolía por aquello que entonces fue derrotado a la aceptación mansa de lo existente, a una resignación al estado de las cosas tal como es, y no al reconocimiento de que, mal que nos pese, esas luchas se inscribieron en un proyecto que resultó mortífero para las esperanzas de emancipación.

En la alternativa melancolía/realismo, Traverso elude, decía, la posibilidad de que la condena radical de aquello que resultó del triunfo de esa utopía –nuevos regímenes de dominación total– nos conduzca a interrogarnos sobre el lazo que unió la utopía comunista y su resultado, lazo que significó en demasiados casos la ceguera encandiladora de los luchadores comunistas. Y es por eso, porque elude esa interrogación, que queda atado a la oposición binaria entre reivindicación o traición de la tradición y de la utopía revolucionaria, para decirlo muy esquemáticamente, pero no más esquemáticamente que lo que el propio Traverso, pese a todo, nos propone en última instancia. Ese esquema sitúa de un lado a la utopía revolucionaria –comunista– del Siglo XX, y del otro, de manera bastante previsible, a la tesis de François Furet (Traverso, 2018: 71, 384) sobre el fin del ciclo revolucionario cuya cifra es también, como para Traverso, 1989. Ahora bien: si para Furet el año 1989 marca el fin de un ciclo de ilusión (Furet, 1995), algo similar parece sugerir la tesis de Traverso: ambas desligan la adhesión, el entusiasmo, la ilusión comunista o revolucionaria, de toda conexión más profunda con los regímenes en los que encarnó.

Pero oponer la utopía revolucionaria a la postura de Furet es además, de cierta manera, elegirse un adversario a medida: un historicismo liberal, como lo llama Traverso, para el cual 1989 habría sido la culminación ineluctable en la larga marcha hacia el triunfo del liberalismo (Traverso, 2018: 384) –en paralelo a

un historicísimo marxista encarnado por los Partidos Comunistas, que anunciaba el carácter ineluctable, más allá de los avances y retrocesos, de la realización de la sociedad comunista. Oponiéndose a ambos historicismos, Traverso reivindicaría entonces, en la tradición de luchas comunistas del Siglo XX, a esos combates, a esos combatientes, desembarazándolos de su inserción en ese segundo historicismo, y purificándolos de toda relación con el desenlace de esas luchas *allá donde esas luchas triunfaron*. Lo cual nos llevaría a la extraña situación de poder reivindicar solamente las derrotas y los derrotados, porque solo ellos –si no sobrevivieron a ellas, si no pueden ser cómplices de los regímenes de opresión a los que dieron lugar las victorias– son inalcanzables por el destino feroz de las utopías comunistas, convertidas en regímenes de dominación total.⁶

Esta reivindicación melancólica de los derrotados, esta reivindicación melancólica de la melancolía de izquierda, corre el riesgo mayúsculo de llevar la marca de una generación que creyó en la revolución, que puso sus esperanzas y sus luchas en ella, y que vio su fracaso –su fracaso, insisto, no su derrota. Y que no queriendo asumir su fracaso, no dispuesta a hacer el duelo de una vida entregada a un proyecto que mostró conducir al horror, ni de interrogarse acerca de cómo pudo poner su energía al servicio de una nueva forma de dominación y cómo pudo cerrar los ojos ante esa nueva forma de opresión, busca reconfortarse en sus buenos sentimientos como si pudiera tan sencillamente divorciar estos buenos sentimientos de la utopía que les dio carnadura y de los regímenes que supuestamente la realizaron. Esto es, la melancolía de izquierda a la que apela Traverso respondería, en esta comprensión, a la definición del término propuesto por Freud en “Duelo y melancolía”, y retomado por Wendy Brown en su artículo de 1999, cuando se pregunta si

⁶No obstante, cuantas veces también los derrotados habrán apoyado, antes o después de su derrota, la opresión en la URSS y los países bajo su órbita.

en el corazón hueco de todas esas pérdidas, tal vez en el lugar de nuestro inconsciente político, no existe también una pérdida inconfesada, la promesa de que el análisis de izquierda y el compromiso de izquierda habría de proveer a sus adherentes un camino claro y certero hacia el bien, lo justo y lo verdadero. ¿No es esta promesa”, continúa Brown, “la que dio sustento a gran parte de nuestro placer de ser de izquierda, más aún, de nuestro amor de nosotros mismos como izquierdistas y nuestro sentimiento de hermandad respecto de otros izquierdistas? Y si este amor no puede ser abandonado sin exigir una transformación radical en el fundamento mismo de nuestro amor, en nuestra capacidad misma para el amor o el compromiso político, ¿no estamos condenados a la melancolía de izquierda [...]”? (Brown, 1999: 22)

Confrontado a la pregunta sobre el carácter generacional de sus planteos en sus conferencias de México, Traverso reconoce que probablemente haya algo generacional en su postura, pero agrega que se permite pensar que esta no es solo generacional. Como prueba de ello, cita el entusiasmo con que su planteo fue recibido en sus conferencias entre los estudiantes en la Universidad de Cornell y en París. Permítaseme recordar al respecto la referencia que hacía el propio Traverso hacia el planteo de Wendy Brown, cuando esta sostenía que era necesario hacer el duelo del pensamiento de izquierda: Wendy Brown, desliza Traverso, quien merece no obstante, advierte, todo su respeto, está pensando en la izquierda de los *campus*... Pero ¿cuál es la izquierda –dejando de lado la generacionalmente marcada y la de los *campus*- que tiene en mente Traverso mismo? ¿No será ella también una izquierda que, cuando no se limita a una generación o a los *campus* de París o Cornell, prefiere ella también, ayudada para ello por la contribución de la generación de Traverso –que es también la mía– hacer la economía de una revisión sin complacencia del destino de las revoluciones del Siglo XX para poder ampararse en una tradición hecha de épicas, de héroes y de combates, cualquiera haya sido su sentido final y su destino?

Lo anterior, entonces, me lleva a dos puntos con los que querría concluir: el primero, el de la marca generacional. El segundo, el de cómo pensar el destino

desolador de las revoluciones del siglo XX, por fuera de las alternativas a las que pretende conducir el texto de Traverso –esto es, melancolía o aceptación y celebración de lo existente.

Pertenezco, también yo, como decía, a la generación de Traverso –a la que creyó con entusiasmo en la revolución. Como todos o muchos, tengo mis recuerdos de momentos vividos con gran plenitud; como demasiados (de los que participamos de ese entusiasmo fuera de los campus de las universidades norteamericanas) tengo el recuerdo de derrotas, de mis amigos muertos en pos de aquella utopía. Pero creo firmemente que ni los momentos de plenitud ni el recuerdo acongojado de mis amigos muertos deban llevarme a la melancolía. Más aún: creo que es un deber ético de mi generación rehusarse a complacerse en esa melancolía. El rechazo de esa complacencia debe conducirnos, entiendo, por un lado, a desconfiar fuertemente de aquellos sentimientos, cuando los resituamos en prácticas y creencias que en buena medida llevaban ya en ellas la marca de una convicción acendrada en nuestra superioridad moral, en nuestra potestad por saber qué era el bien y cómo obtenerlo, y en nuestro derecho superior a imponerlo, contra todo y contra todos. Y que llevaban también, a término, a renunciar a la libertad de pensar y de juzgar, para subsumirla en el juicio de una organización que sabía todo, siempre, y cuyo saber no podía ser desmentido por la experiencia. Y debe conducirnos, siempre a mi entender, más que a la melancolía, al duelo propiamente dicho: a asumir no solo la derrota sino sobre todo el fracaso, a reconocer que allí donde la lucha no fue derrotada, el fracaso del proyecto emancipador fue estrepitoso. El rechazo a complacerme en la melancolía me conduce igualmente a imaginar con horror qué habría sucedido, qué *me* habría sucedido, si no hubiéramos sido derrotados. Y me conduce a repensar otras formas de ser de izquierda, otras maneras de pensar la emancipación, libres de la supuesta superioridad moral y epistémica de la gente como yo. Y no por eso, me conduce a contentarme con el mundo tal cual es, ni a creer que con la caída del muro de Berlín las cosas retomaron su cauce natural.

En *La Complication*, Claude Lefort, el autor que a mis ojos con mayor lucidez transitó, en el siglo XX, el difícil y estrecho camino entre una izquierda capturada en -o cómplice de- la deriva totalitaria, y un liberalismo ingenuo cuando no francamente conservador, enfrenta tempranamente la tesis de François Furet respecto del cierre del ciclo revolucionario como si este hubiera sido, tal como lo enuncia del título del libro de Furet, “el fin de una ilusión”, la ilusión de la posible realización del igualitarismo radical (Lefort, 1999). En efecto, si todo lo que habría sucedido es que se habría disipado una ilusión, estaríamos simplemente retomando el camino natural, tras un lapso en que nos apartamos ilusoriamente de él. El totalitarismo comunista, tal es la tesis de Lefort, no puede de ninguna manera comprenderse en esos términos –en eso, Lefort anticiparía lo que dirá Traverso quince años más tarde. Pero lejos está Lefort de considerar que eso debería dejarnos como alternativa el recuerdo melancólico de una era que debemos atesorar. Debemos por el contrario comprender cómo el Siglo XX nos enfrentó a una nueva forma de régimen de dominación que logró organizar y captar duraderamente las voluntades de muchos de aquellos que habían soñado con la emancipación del género humano. Captura, no ilusión: ese régimen conformó un nuevo universo de sentido que hizo posible que se entregara a la omnipotencia del Partido y del Líder la definición de aquello que debía advenir y el modo de obtenerlo, aun cuando ese modo supusiera la aniquilación de la libertad, de la autonomía, de la iniciativa de los hombres y mujeres en nombre de quienes, supuestamente, eso que debía advenir, advendría. Debemos comprender cómo hombres y mujeres de quienes no cabe ni afirmar que vivieron una ilusión, ni que no sabían qué sucedía en los gulag soviéticos, que apoyaron sucesivamente a Stalin y los juicios de Moscú, luego la des-estalinización, que cambiaron de postura cada vez que así lo determinaban las directivas de los Partidos a los que respondían, y que a su vez respondían muchos de ellos a las directivas del PCUS, cómo hombres y mujeres ilustrados, informados, pudieron subordinar su pensamiento a las directivas cambiantes de un Partido o un Líder, aun cuando

éstas se contradijeran a ellas mismas, o negaran de manera flagrante lo que estos hombres y mujeres, si querían saberlo, no podían ignorar.

Como lo anticipábamos, así pensadas, la tesis de Furet –a la que se opone Lefort, pero también Traverso– se muestra finalmente como la inversión de la tesis de este último: ninguno de los dos, ni Furet ni Traverso, parece enfrentar el desafío de comprender cómo pudo sostenerse el apoyo, la entrega, la sumisión a un régimen, y a estructuras políticas que lo sostenían a lo largo y ancho del mundo, que ponía en escena una nueva forma de sumisión que hacía añicos la libertad, y también la igualdad, si no sustraemos de esta la exigencia de poder afirmarla libremente –si no aceptamos que el valor de la igualdad consista en aquello que nos es impuesto por igual, suponiendo incluso que estas nuevas formas de opresión no hubieran constituido nuevas y poderosas desigualdades. La tesis de Furet, que finalmente parece reducirse a explicar la persistencia del régimen soviético, de sus imitadores y de los aparatos comunistas que lo apoyaron en todos sus avatares cambiantes, por una historia psicológica –de deseos, creencias o ilusiones– se priva de interrogar la forma de régimen, esto es las instituciones, la relación con la ley, con la verdad, con el saber, la posición de la autoridad– que podría permitir tal vez comprender el modo en que un tal régimen pone en juego nuevas formas de representarse la pertenencia, nuevas formas de adhesión, nuevas constelaciones de obediencia, que llevan a que grandes masas de individuos queden capturados en la subordinación a un líder, o a un organismo, que monopoliza el sentido de lo real. Como lo señala Lefort, tal vez la comprensión de la nueva configuración simbólica e imaginaria del orden comunista permita también comprender, aunque sea incipientemente, la adhesión de tantos comunistas “de buena fé” a través del mundo, que repitieron no solo las verdades cambiantes emanadas del Partido Comunista de la URSS, sino también las formas disciplinarias en sus organizaciones locales, y la identificación de la diferencia como traición (Lefort, 1999 : 136). Permitiría comprender, para decirlo en los términos que Lefort toma de Etienne de la

Boétie, por qué caminos el deseo de libertad puede mutar en servidumbre voluntaria (ibid : 137, 225-6).

Como he intentado argumentar, entiendo que Enzo Traverso disocia, de manera a mis ojos injustificable, el entusiasmo, la épica, la utopía comunista del siglo XX, de los regímenes comunistas, de esos nuevos regímenes de dominación total, que ese entusiasmo y esa épica promovieron y sobre todo defendieron y sostuvieron. La melancolía de izquierda de Traverso aparece así como el reverso de la historia psicológica de la ilusión de Furet. Una estructura de sentimiento, que suprime o mejor, ignora, la pregunta acerca de su relación con los regímenes de dominación que convalida. O si no, ¿cómo hacer del entierro de Palmiro Togliatti uno de los grandes momentos de esa melancolía? ¿Cómo eludir la pregunta respecto de la forma de adhesión a un líder, y a un Partido, que representan probablemente mejor que ningún otro en Occidente la sumisión a las indicaciones del Partido Comunista de la URSS, esto es, al órgano dirigente de la Unión Soviética, el apoyo a Stalin primero, la desestalinización más tarde, la invasión a Hungría en 1956, por no nombrar sino algunos pocos hechos?

No cabe argumentar, para el caso, que el PCI fuera el partido de los obreros, ni tampoco, recordar el heroísmo conmovedor de tantos hombres y mujeres muertos en su lucha por una sociedad comunista. No es el sentimiento en sí, no es el compromiso ni la capacidad de diluir la individualidad en un proyecto colectivo lo que debería celebrarse, ni tampoco creo que Traverso pensara que con eso alcanzaría. Hay, en la reivindicación de la melancolía de izquierda, necesariamente valores que deberían separarla de la entrega a proyectos de otro signo. Pero entonces, si esos supuestos valores encarnaron, en el siglo XX, en regímenes que los destruyeron, en partidos que se hicieron los agentes de esos regímenes, sin que sus portadores se enfrentaran a esos regímenes en nombre de esos valores, pues entonces, deberemos sacar la conclusión de que, en esas luchas, en esas entregas, terminó primando la captura imaginaria en una forma de adhesión que contradecía y acababa con esos mismos

valores. Y si ello fuera así, deberíamos interrogarnos sobre esa forma de captura, e imponernos el deber de no ceder a nuestra propia melancolía, de aquello que tuvimos, que perdimos, y de lo que nos resistimos a perder. Esto es, de un sentimiento de pertenencia que nos protegía de la posibilidad de que el futuro *no* fuera mejor que el presente, de que nuestras luchas por mayor justicia e igualdad no tuvieran mayor fundamento que el que nuestros argumentos fueran capaces de otorgarles, ni otra garantía que nuestra capacidad de darles sentido, aquí y ahora.

Vaclav Havel, Robert Havemann, Andrei Sajarov, Huber Matos y tantos cientos y miles de otros, se sustrajeron a la captura y pagaron en sus cuerpos las consecuencias. Los millones de víctimas del estalinismo o del régimen camboyano, se sustrajeran o no a ella, son testimonio de aquello que es capaz de hacer un régimen totalitario y de lo que prefirieron ignorar, o fingieron ignorar, o consideraron irrelevante, sus defensores. Dudo que, más allá de lo que pudiera o pudo haber sucedido después, para cualquiera de las víctimas de los regímenes de dominación total, de quienes se levantaron contra ellos, 1989 pudiera aparecer alguna vez como la cifra de la derrota. Y sobre todo, creo que es responsabilidad de quienes, alguna vez, pudimos creer que esos regímenes encarnaban una esperanza de igual libertad o de libre igualdad, rechazar toda complacencia con nuestros sentimientos de entonces, y evitar toda ambigüedad respecto de nuestra condena radical a aquello en lo que resultaron. Aunque ello nos destine a pensar a la intemperie.

Bibliografía

- Brown, Wendy. "Resisting Left Melancholy." *Boundary 2*, vol. 26 no. 3, (1999): pp. 19-27.
- Freud, Sigmund. "Duelo y melancolía". *Obras Completas*, XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- Furet, François. *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au xx^e siècle*. Paris: Calmann-Lévy et Laffont, 1995.
- Lefort, Claude. *La Complication. Retour sur le Communisme*. Paris: Fayard, 1999.
- Starobinski, Jean. *L'Encre de la mélancholie*. Paris: Seuil, 2012.
- Traverso, Enzo. "Seminario Melancolía de izquierda". UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 26 de abril de 2016. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=2iIfCol2-D4>
- Traverso, Enzo. *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2018.